

843
D.



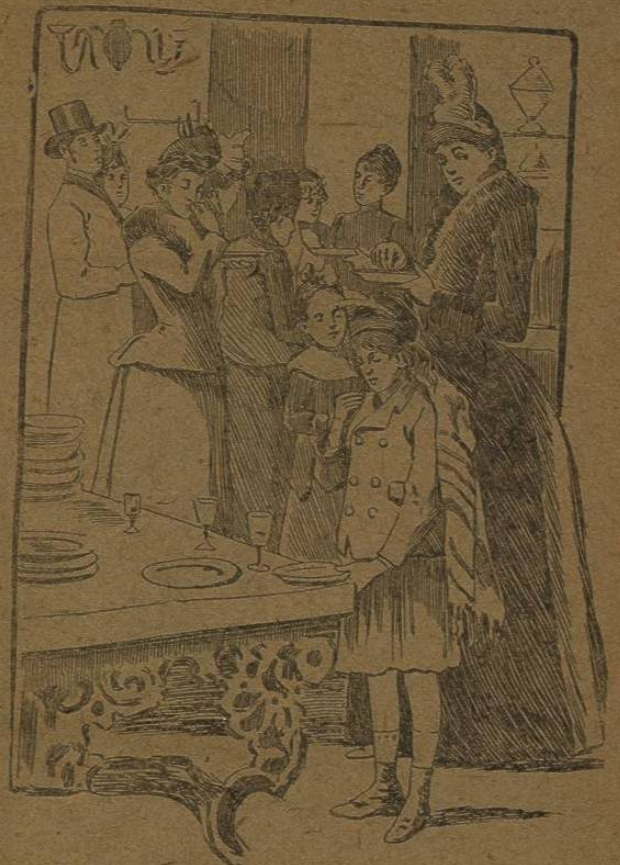
PQ 2216
J 3
S6
Vol

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



Entraron en la pastelería española.

843
D.

PRIMERA PARTE.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



I
LA MADRE Y EL NIÑO.

¡Con K, señor rector, con K! El nombre se escribe y se pronuncia á la inglesa... así, Jack... El padrino del niño era inglés, comandante general en el ejército de la India... lord Peambock... ¿Lo conocería usted tal vez? Un hombre muy distinguido y de la más elevada aristocracia, ¡Oh!... crea usted, señor abate, que era de la más elevada... ¡Y cómo valsaba!... Murió de una manera horrorosa en Singapoore, hace algunos años, en una magnífica cacería de tigres organizada en su obsequio por un rajah amigo suyo... Parece que los

tales rajahs son verdaderos monarcas... Ese de que hablo, sobre todo, es muy famoso en su país... ¿Cómo se llama?... Espere usted... ¡Dios mío!... Tengo el nombre en la punta de la lengua... Rava... Rama.....

—Perdone usted, señora, interrumpió el rector, sonriendo á pesar suyo, ante aquella volubilidad de palabras y aquel perpetuo saltar de una idea á otra.... Y después de Jack, ¿qué más ponemos?

De codos en la mesa sobre la cual estaba escribiendo un momento antes, con la cabeza ligeramente inclinada, el digno sacerdote dirigía de reojo una mirada maliciosa, impregnada de penetración eclesiástica, á la joven que estaba sentada delante de él, con su Jack (con K.) en pie al lado de ella.

Era una mujer elegante, vestida irreprochablemente, muy á la moda del día y de la estación—era en Diciembre de 1858;—hasta se adivinaba por lo magnífico de las pieles, por la riqueza de su traje negro y la originalidad discreta de su sombrero, el lujo tranquilo de la mujer que posee un carruaje y que pasa de la nitidez de sus alfombras á los cojines de su coche, sin tener que sufrir la vulgar transición de la calle.

Tenía la cabeza muy pequeña, lo cual hace siempre parecer más altas á las mujeres; un bonito rostro, cubierto de pelusilla como una fruta; movable, sonriente, iluminado por dos ojos cándidos y claros y por dientes muy blancos, que se cuidaban mucho de lucirse con cualquier pretexto. La movilidad de sus rasgos parecía extraordinaria, y no sé qué en aquella fisonomía agradable, tal vez el labio inferior ligeramente extendido por una perpetua necesidad de hablar, acaso la fren-

te estrecha bajo el brillante cabello, indicaba la ausencia de reflexión, un talento un poco limitado; y explicaba los paréntesis abiertos á cada instante de la conversación de aquella mujer bonita, como esas cajitas japonesas de tamaño calculado que entran unas dentro de otras, y la última de las cuales está siempre vacía.

Cuanto al niño, figuraos un niño de siete á ocho años, esbelto, demasiado crecido, vestido á la inglesa como demandaba la K de su nombre de Jack, con las piernas al aire, una gorrilla con pluma plateada y un "plaid." El traje era tal vez apropiado á su edad; pero parecía en desacuerdo con su mucha estatura y su cuello ya robusto. Sus pantorrillas, de fuerte musculatura y flacas, se destacaban de su grotesco traje en un torpe esfuerzo de desarrollo. El mismo se avergonzaba de verlas. Confuso, tímido, con los ojos bajos, deslizaba de vez en cuando sobre sus desnudas piernas una mirada de desesperación, como si allá en el fondo de su corazón maldijese á lord Peamboek y á todo el ejército de la India, porque tenían la culpa de que lo llevaran así vestido.

Físicamente se parecía á su madre, pero había en él algo que era más fino, más distinguido, y entre una y otra cara veíase todo la transformación de una fisonomía de mujer bonita á la de un hombre inteligente. Era la misma mirada, más profunda; la misma frente más ancha; la misma boca, contraída por una expresión más seria.

Por el rostro de la mujer, las ideas, las impresiones, resbalaban sin dejar huella ni arruga alguna, con tanto apresuramiento, con tanta rapidez sustituidas unas

por otras, que parecía conservar siempre en los ojos el asombro de su huida. En el niño, por el contrario, veíase que el pensamiento tomaba arraigo, y hasta su aire demasiado reflexivo hubiera inspirado cuidados, si no hubiese ido unido á cierta pereza de actitudes, á una languidez de todo su ser, á los movimientos mimosos y tímidos del chiquillo educado debajo de las faldas de su madre.

En aquel momento, apoyado contra ella, con una mano metida en su manguito, la oía hablar, lleno de muda admiración, y de vez en cuando miraba al sacerdote y todo lo que le rodeaba con curiosidad comprimida y temerosa.

Había prometido no llorar.

Algunas veces, sin embargo, un suspiro sofocado como un sollozo, le hacía estremecerse de pies á cabeza. Entonces la mirada de la madre se fijaba en él y parecía decirle:

“Ya sabes lo que me has prometido”. . . . En seguida el niño contenía su suspiro y sus lágrimas; pero sentía dentro de sí un gran pesar, esa cruel impresión de destierro y de abandono que el primer colegio produce en los muchachos que han vivido hasta demasiado tarde en el hogar doméstico.

Esta investigación de la madre y del niño, que el sacerdote había verificado en algunos minutos, habría satisfecho á un observador superficial; pero el Padre C. . . . que dirigía desde hacía más de veinticinco años el aristocrático colegio de Jesuitas de Vaugirard, estaba demasiado al corriente de las cosas del mundo, conocía demasiado bien á la alta sociedad parisiense y todos sus matices de lenguaje y de traje para no

haber adivinado en la madre del nuevo discípulo que se trataba de una cliente de un género especial.

El aplomo con que entrara en su despacho, aplomo demasiado visible para que fuese verdadero; su manera de sentarse echando el cuerpo hacia atrás; aquella sonrisa un poco forzada, y sobre todo el flujo de palabras que se desbordaban, con el cual parecía que disimulaba el embarazo de un pensamiento oculto, todo hacía desconfiar al sacerdote. Desgraciadamente en París, las gentes están tan mezcladas, la comunidad de los placeres, de los trajes, de los paseos, ha hecho que la línea de demarcación sea tan delgada y tan fácil de rebasar entre las mujeres á la moda de la buena y de la mala sociedad, entre una loreta que se resiste y una marquesa que se abandona, que á primera vista hasta los más expertos pueden equivocarse; y por eso el cura miraba á aquella mujer con tanta atención.

Lo que más dificultaba su examen era lo descosido de la conversación. ¡Cómo enterarse, en medio de sus caprichos, de sus cambios de frente, de sus saltos y brincos de ardilla enjaulada! Sin embargo, su juicio, que acaso trataban de extraviar, estaba ya medio formado. La actitud embarazada de la mujer cuando le preguntó cuál era, además de Jack, el nombre del muchacho, acabó de decidirlo.

La joven se puso colorada, se turbó y titubeó un segundo.

—En verdad, dijo; perdone usted que aún no me haya presentado. . . . ¡Qué cabeza tengo!

Y sacando del bolsillo un elegante tarjetero, perfumado como saquillo de esencia, sacó una tarjeta en la

cual leíase con letras largas este nombre sonriente é insignificante:

IDA DE BARANCY

El rector sonrió con una expresión singular.

—¿Se llama así el niño también?

La pregunta era casi una impertinencia. La señora lo comprendió, se turbó más todavía, y ocultó su turbación adoptando cierto aire de dignidad.

—¡Pues es claro... señor abate... es claro!

—¡Ah! dijo el sacerdote con voz grave.

Ahora era él quien no sabía cómo expresar lo que tenía que decir. Daba vueltas á la tarjeta entre sus dedos, con ese temblorcillo de labios propio del hombre que comprende el valor y el efecto de las palabras que va á pronunciar.

De pronto se levantó, se acercó á una de las elevadas puertas vidrieras que daban acceso á un gran jardín plantado de magníficos árboles y lleno de un espléndido sol de invierno, y dió un golpecito en los cristales. Por delante de las vidrieras pasó una silueta negra, y casi en seguida se presentó en el despacho un sacerdote joven.

—Llévese usted, mi querido Duffieux, dijo el superior, á este niño, y déle usted un paseito... Enséñele la iglesia y las estufas... El pobrecillo se fastidia...

Jack creyó que tomaban aquel pretexto de paseo para cortar radicalmente los tristes adioses de la separación, y su mirada adquirió una expresión tal de desesperación y de espanto, que el buen sacerdote, lo tranquilizó cariñosamente:

—No tengas miedo, hijo mío...; tu mamá no se irá... y la encontrarás aquí cuando vuelvas.

El niño todavía titubeaba.

—¡Anda, querido! dijo la señora de Barancy con un ademán de reina.

En seguida salió sin decir palabra, sin quejarse, como si estuviese preparado ya para todo género de servidumbres.

Cuando estuvo fuera, hubo en el despacho un momento de silencio. Oyéronse los pasos del niño y de su acompañante que se alejaban, crujiendo por la arena endurecida y fría; el chisporroteo de la lumbre, los pidos de los pajarillos en las ramas de los árboles, los acordes de los pianos, las voces, el murmullo de una casa llena, todo el ruido ensordecido por el invierno y las ventanas cerradas de un gran colegio á la hora de estudio.

—Este niño parece que quiere á usted muchísimo, señora, dijo el rector, á quien la gracia y la sumisión de Jack habían impresionado.

—¿Cómo no ha de quererme? respondió la señora de Barancy, tal vez demasiado melodramáticamente: ¡el pobrecillo no tiene más que á su madre en el mundo.

—¡Ah! ¿Es usted viuda?

—¡Ay! ¡Sí, señor rector!... Mi marido murió hace diez años, el mismo año de nuestro casamiento, y en circunstancias bien dolorosas... ¡Ah señor mío! Los novelistas que van á buscar tan lejos las aventuras de sus heroínas, no sospechan que la vida de cualquiera, por insignificante que sea, da materia para diez novelas... Buena prueba de ello es la existencia mía... Mire usted. El señor conde de Barancy pertenecía, co-

mo os indicará su nombre, á una de las más antiguas familias de la Turena...

Iba por mal camino. Precisamente el padre O... había nacido en Amboise y conocía á fondo á toda la aristocracia de su provincia. En el mismo momento el conde de Barancy fué á unirse en las dudas y desconfianzas de su espíritu con el general Peambock y el rajah de Singapoore. No dejó que en el semblante se le conociera nada, y se contentó con interrumpir á la que se decía condesa.

—¿No cree usted, como yo, señora, preguntó, que sería una verdadera crueldad, separar tan pronto de usted á un niño que parece estar tan encariñado con su madre? Es muy pequeño todavía, y además no sé si será bastante fuerte para soportar el dolor de esa separación.

—Se equivoca usted mucho, padre, respondió ella con la mayor candidez. Jack es un niño muy robusto. No ha estado nunca enfermo. Está un poco pálido tal vez, pero eso es efecto del aire de París, al cual no se encuentra acostumbrado.

Aburrido de ver que la joven no comprendía su pensamiento con estas insinuaciones, añadió acentuando do la nota:

—Aparte de esto, tenemos ahora todos los dormitorios llenos;... el curso escolar está ya muy adelantado... Hemos tenido que suspender hasta el año que viene la admisión de alumnos nuevos... Agradecería á usted mucho que esperase hasta entonces. El año que viene tal vez podríamos... Aunque no me atrevo á responder tampoco.

La viuda comprendió lo que querían decirle.

—De modo, dijo, ¿que se niega usted á recibir á mi hijo? ¿Se negará también á decirme por qué razón?

—Señora, respondió el sacerdote, hubiera dado cualquier cosa porque no tuviésemos esa explicación; pero puesto que me obliga usted á ello, hay que decirle que el colegio que yo dirijo exige á las familias que le confían sus hijos condiciones de moralidad excepcionales... No faltan en París colegios laicos donde encontrará Jack todos los cuidados que le son necesarios; pero aquí no es posible. Por Dios, añadió al ver un movimiento de protesta indignada, ¡no hagáis que me explique con mayor claridad!... No tengo derecho á pedirle á usted nada, á reprocharle nada... Siento el pesar que le causo en este momento, y crea que el rigor de mi negativa me es tan doloroso como á usted misma.

Mientras el sacerdote hablaba, el rostro de la señora de Barancy había pasado por todas las expresiones del dolor, del desdén, de la confusión. Al principio trató de poner buena cara, conservando la cabeza alta y bien puesta la careta que se usa en sociedad; pero las bondadosas palabras del rector, al caer sobre aquella alma infantil, la hicieron romper de pronto en lágrimas, en quejas, en confesiones, en expansiones ruidosas y desoladas.

¡Oh! Sí, sí, había sido muy desgraciada. Era imposible que nadie supusiera lo que había sufrido ya por aquel niño....

Sí, señor; el pobrecillo no tenía nombre ni padre; pero ¿acaso era eso una razón para hacer un crimen de su desgracia y exigirle responsabilidad por la falta

de sus padres? "¡Ah, señor cura, señor cura, se lo ruego!"

Mientras hablaba, por un movimiento de abandono que habría podido hacer sonreír en otra circunstancia menos grave, había cogido la mano del sacerdote (una bonita mano de obispo, gordinflona y blanca) que el bueno del rector procuraba desprender suavemente de entre las suyas, no sin cierta turbación.

—Cálmese usted, señora, decía asustado de aquellas efusiones, de aquellas lágrimas; porque lloraba como una chiquilla que era, con sollozos, con sofocaciones y con el cándido abandono de un carácter un poco vulgar.

El pobre hombre pensaba: "¿Qué va á ser de mí, Dios mío, si esta señora se pone mala?"

Pero las palabras que empleaba para tranquilizarla la excitaban más aún.

Ella quiso justificarse, explicar cosas, relatar su vida, y de grado ó por fuerza el rector vióse obligado á seguirla por aquel relato obscuro, entrecortado, jadeante, interminable, en el cual se lanzó ella como una loca, rompiendo á cada paso el hilo conductor, sin preocuparse de saber cómo saldría de aquel laberinto.

—Aquel nombre de Barancy no es el mío... ¡oh si hubiera podido decir mi nombre, mi verdadero nombre, se asombrarían muchos. Pero el honor de una de las más nobles familias de Francia ¿lo oye usted bien? de una de las más nobles, iba unido á ese apellido, y antes moriría que dejármelo arrancar.

El rector quiso protestar, asegurarle que no tenía el menor empeño en arrancarle nada; pero ni siquiera consiguió hacerse oír. Ella llevaba una terrible velocidad, y más fácilmente se habrían detenido las as-

pas de un molino de viento lanzadas á toda velocidad, que aquella palabra que revoloteaba en el vacío. Lo que más empeño parecía tener en demostrar era que pertenecía á la aristocracia, que su infame seductor también llevaba no sé qué corona sobre no sé qué escudo, y que además había sido víctima de una fatalidad inaudita.

¿Qué se debía creer en todo aquello? Probablemente ni una sola palabra, porque las reticencias, las contradicciones abundaban en aquel discurso incoherente. Resultaba, sin embargo, algo sincero, tierno, hasta conmovedor, y era el amor de aquella madre y de aquel hijo. Habían vivido siempre juntos. Ella le hacía estudiar en la casa con maestros particulares, y sólo quería separarse de él en razón de aquella inteligencia que despertaba demasiado, de aquellos ojos que se abrían y para los cuales todas las precauciones que se tomaran serían pocas.

—La mejor de todas, dijo el sacerdote gravemente, sería la de no cometer ninguna irregularidad en su manera de vivir de usted y hacer la casa digna del niño que la habita.

—Esa es mi preocupación constante, señor rector, respondió ella. A medida que Jack crece siento que me vuelvo más formal... Además, de un día á otro mi situación se hallará regularizada... Hay una persona que me solicita hace tiempo... Pero entre tanto, hubiera querido alejar á mi hijo, separarlo de mi vida todavía irregular; hacer que le diesen una educación aristocrática y cristiana, digna del ilustre apellido que debe llevar... Había yo creído que en ninguna parte como aquí podrían hacer eso, y usted, no

sólo le rechaza, sino que al mismo tiempo desanima á la madre para que insista en sus buenos propósitos...

Ahora el rector pareció vencido. Titubeó un momento, y mirándola luego de hito en hito:

—Bueno, sea, señora; puesto que tiene usted tanto empeño, accedo á sus deseos. Jack me ha gustado mucho. Consiento en recibirlo como discípulo.

—¡Oh, señor rector!

—Pero con dos condiciones.

—Estoy dispuesta á aceptarlas todas.

—La primera es, que hasta tanto que la situación de usted se haya regularizado, el niño pasará los días de salida, y hasta las vacaciones, en esta casa, sin parecer por la de usted.

—¡Ah! ¡Mi pobre Jack se morirá de no ver á su madre!

—¡Oh! Podrá usted venir á verlo siempre que guste. Pero—y ésta es mi segunda condición—no lo verá usted nunca en el salón de recibo, sino aquí, en mi despacho, donde tendré cuidado de que no la vea á usted nadie.

Ella se levantó temblorosa.

La idea de que no podía entrar nunca en el salón, mezclarse á esa deliciosa confusión de los jueves, en la cual las madres se enorgullecen con la hermosura de sus hijos, con la riqueza de sus trajes y con el carruaje que espera en la puerta; la idea de que no podría decir á sus amigas: "He saludado ayer en el colegio de jesuitas á la señora de C... ó á la señora de V..." señoras verdaderas; la idea de que tendría que ir á escondidas á dar un beso á su Jack, todo esto acabó por sublevarla.

El astuto sacerdote había tenido la puntería certera.

—Es usted muy cruel conmigo, señor cura; me obliga usted á rehusar aquello mismo que hace un momento le agradecía como una merced; pero yo tengo que conservar mi dignidad de madre y de mujer. Las condiciones de usted son inaceptables. ¿Y qué pensaría mi hijo de?.....

Se detuvo al ver allá, al otro lado de la vidriera, una carita rubia que miraba, animada por el aire vivo de afuera y por una fiebre de ansiedad. A una seña de su madre, el niño entró en seguida.

—¡Oh! ¡Qué buena eres!... Me decían que no, pero yo creía que te habías marchado.

Le cogió la mano bruscamente.

—Te marcharás conmigo, le dijo, porque aquí no nos quieren.

Y salió solemnemente, erguida, altiva, tirando del niño, estupefacto, á quien aquella salida repentina parecía una huida. Apenas había contestado con una inclinación de cabeza al saludo respetuoso del sacerdote, que también se había puesto de pie; pero, á pesar de su precipitación, no huyó bastante de prisa para evitar que su Jack oyese una voz dulce que murmuraba detrás de él: "¡Pobre niño!" con un acento y una compasión que le llegaron al corazón.

Lo compadecían... ¿Por qué?

Muchas veces pensó en ello después.

El rector no se había equivocado.

La señora condesa Ida de Baraney era una condesa de broma.

No se llamaba Baraney, ni tal vez Ida tampoco. ¿De dónde venía? ¿Quién era? ¿Qué había de verdad en

todas aquellas historias de nobleza que la perseguían como una obsesión? Nadie podía decirlo. Esas vidas complicadas tienen fortunas tan variadas, tienen tanto oculto, un pasado tan largo y tan borrascoso, que nunca se conoce de ellas más que el último aspecto. Se parecen á esos faros giratorios que tienen largas alternativas de sombras entre los intermitentes resplandores de su luz.

Lo que hay de cierto es que no era parisién, que estaba recién llegada de una capital de provincia cualquiera, de la cual conservaba todavía el acento; que no sabía nada de París y que carecía completamente de fono, según la señorita Constanza, su doncella.

"Vengadora provinciana"... decía ésta desdenosamente. Es verdad, que una noche, en el teatro del Gimnasio, dos comerciantes lioneses habían creído reconocerla como una tal Melania Favrot, que tuvo allá en sus tiempos una tienda de guantes y perfumes en la plaza de Terreaux; pero aquellos señores se habían equivocado y se excusaron mucho y pidieron mil perdones. Otro día, á un oficial del primer regimiento de húsares se le antojó tomarla por una tal Nana, á quien él había conocido ocho años antes en Orléansville. Este también pidió los mismos perdones, por haber cometido el mismo error. ¡Verdaderamente, había parecido muy impertinentes!

Sin embargo, la señora de Barancy había viajado mucho, y no lo ocultaba; pero buen hechicero había de ser quien sacase algo en claro, algo de positivo del torrente de palabras que soltaba con cualquier pretexto, hablando de su origen ó de su vida. Unas veces, Ida había nacido en las colonias; hablaba de su ma-

dre, una criolla de deslumbradora hermosura; de sus plantíos, de sus negros. Otras, era turenese y había pasado su infancia en un magnífico palacio á orillas del Loira. ¡Y qué de detalles, de anécdotas; qué maravilloso desdén para reunir todas esas piezas descosidas de su existencia!

Como se habrá podido observar, en sus fantásticos relatos dominaba la vanidad; una vanidad de cotorra verde y parlanchina. La nobleza, la fortuna, el dinero, los títulos, y de allí no saltó.

Cuanto á rica, seguramente lo era, ó por lo menos estaba espléndidamente entretenida. Acababan de tomarle un hotelito en el boulevard Haussmann.

Allí tenía caballos, carruajes, muy buenos muebles, de un dudoso buen gusto; tres ó cuatro criados y la existencia vacía, ociosa, holgazana de sus semejantes, pero acaso con un airecillo un poco más vergonzoso, una falta de aplomo que la provincia, que se defiende mejor que París contra las mujeres de cierta clase, le había sin duda comunicado. Esto, y también su frescura real, recuerdo probable de una infancia pasada al aire libre, la ponían fuera de la corriente parisiense, en la cual, por otra parte, no había tomado sitio, porque era recién llegada.

Cada ocho días, un hombre de mediana edad, con el pelo canoso y aspecto distinguido, iba á verla. Cuando hablaba de él, Ida decía "el señor" con un aire tal de majestad, que cualquiera se hubiera creído en la corte de Francia en los tiempos en que se designaba así al hermano del Rey. El niño le llamaba, simplemente, "Buen Amigo"... Los criados anunciaban en voz muy

alta "el señor Conde," al mismo á quien llamaban, hablando entre ellos familiarmente, "su viejo."

Su viejo debía de ser muy rico, porque la señora no reparaba en gasto, y había un "chorreo" enorme en la casa, dirigida por la señorita Constancia, una doncella factótum, única y verdadera influencia que había en el hotel. Esa Constancia daba á su ama señas de los proveedores, y guiaba su inexperiencia de la vida parisiense y de la buena sociedad; porque, ante todo, el sueño, el deseo de aquella mujer, era pasar por persona distinguida, noble, intachable.

Ahora, puede comprenderse fácilmente en el estado en que la pondría la acogida que le hizo el padre O. . . , y la rabia con que saldría de allí.

Un elegante carruaje particular la esperaba en la puerta del colegio. Precipitose en él, más bien que montó, con su hijo, conservando la fuerza precisa para gritar al cochero con tono firme: "¡Al hotel!" de modo que la oyese un grupo de curas que charlaban en el vestíbulo y que se habían apartado para dejar paso á aquel torbellino de pieles y de cabellos rizados.

Pero en cuanto el coche estuvo en marcha, la pobre se acurrucó en un rincón, no ya en su postura coquetona de paseo, sino abatida, llorosa; ahogando sus sollozos y sus gritos en el capitonado testero del carruaje.

¡Qué vergüenza! . . . ¡Pensar que se habían negado á recibir á su hijo, y que á primera vista aquel cura había descubierto su situación, la cual creía ella tan bien disimulada bajo todas aquellas apariencias lujosas y fingidas de mujer de mundo y de madre irrepreensible!

¡De modo que no se veía lo que era ella!

A cada instante, la mirada penetrante del rector, que

su orgullo herido ponía enfrente de ella como un suplicio intolerable, hacía que sólo con el recuerdo se le subieran al rostro colores y rubores súbitos. Recordaba su charla, todos sus embustes desembuchados inútilmente, y aquella sonrisa, aquella sonrisa incrédula ante la cual no había sabido contenerse, y que anunciaba que desde el primer momento la había completamente adivinado.

Inmóvil y silencioso en el otro rincón del carruaje, Jack miraba tristemente á su madre, sin comprender su desesperación, pero adivinando que tenía un disgusto á causa de él. El pobrecillo conocía vagamente que era culpable; pero en el fondo de aquella tristeza, sentía la gran alegría de ver que no se quedaba en el colegio.

Hacía quince días que no se hablaba más que del dichoso Vaugirard. Su madre le había hecho prometer que no lloraría, que sería muy bueno. "Buen Amigo" le había catequizado. Constancia le había comprado el equipo. Todo estaba dispuesto, decidido. No vivía más que temblando ante el pensamiento de aquella cárcel, hacia la cual le empujaba todo el mundo. Y ahora resultaba que en el último momento lo indultaban.

¡Oh! Si su madre no hubiera tenido tan gran disgusto, ¡con cuánta alegría le hubiese dado las gracias! ¡Cuán feliz se hubiera considerado al verse allí, tan cerca de ella, envuelto en las pieles de aquel carrujito, en el cual habían paseado tantas veces y en el que podrían seguir paseando. Y Jack recordaba las tardes del Bosque de Boloña, los largos paseos deliciosos á través de aquel París fangoso y turbulento, tan nuevo para ellos, y que le inspiraba tanta curiosidad al uno como al otro. Un monumento que se veía al paso,

el menor incidente de la calle, todo le regocijaba.

—Mira, Jack....

—Mira, mamá.....

Parecían dos niños. Véanse al mismo tiempo asomados á la portezuela los grandes rizos rubios del muchacho, y el rostro medio oculto, con su velo, de la madre....

Un grito desesperado de la señora Barancy arrancó bruscaímente al niño de todos sus buenos recuerdos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo, decía retorciéndose las manos, qué he hecho para ser tan desgraciada?

Esta exclamación quedó, naturalmente, sin respuesta, porque el chiquillo ignoraba tanto, por lo menos, como la madre, lo que había hecho. Entonces, no sabiendo qué decirle ni cómo consolarla, tímidamente le cogió la mano y la apretó contra los labios con fervor, como un verdadero enamorado.

Ella se estremeció y lo miró asustada:

—¡Ah, cruel, hijo cruel, cuánto daño me has hecho desde que estás en el mundo!

Jack palideció.

—¿Yo?..... ¿Qué yo te he hecho daño?

El niño no tenía, no amaba más que á un ser en la tierra: su madre. Le parecía guapa, buena, incomparable: ¡y sin quererlo, sin saberlo, le había hecho daño!

A esa idea, el pobrecillo tuvo también una crisis de desesperación; pero de una desesperación muda, como si después del dolor ruidoso de que acababa de ser testigo, hubiese sentido pudor en manifestar su pesar. Tenía temblores, sollozos ahogados; un espasmo nervioso.

La madre tuvo miedo y lo cogió en brazos.

—No, hijo, no; ¡si es en broma! ¡Oh! ¡Qué chiquillo!.... No se debe ser tan sensible.... ¡Un grandullón que le arrastran las piernas y quiere que lo mezean como si fuera un niño de pecho!.... No, no, Jack mío; no me has hecho nada.... Yo soy la que estoy loca cuando te mezelo en estas historias.... ¡Vamos, no llores!.... ¿Acaso lloro yo?

Y aquella mujer extraña, olvidándose de su dolor pasado, reía francamente, para hacer reír á su Jack.... Era uno de los privilegios de aquel carácter tornadizo, todo superficial, que no podía conservar mucho tiempo una impresión cualquiera. ¡Cosa singular! Las lágrimas que acababa de derramar no habían hecho más que prestarle más belleza y más juventud, del mismo modo que una nube, al descargar sobre el plumaje de las tórtolas, le da más lustre y la hace brillar, sin penetrar debajo de la pluma.

—¿Dónde estamos? dijo de pronto bajando el cristal empañado. ¡En la Magdalena ya!.... ¡Qué de prisa hemos venido!.... ¡Mira! ¿Y si nos detuviéramos en casa de ése.... ¿a sabes, el famoso pastelero?.... Vamos, enjúgate los ojos, tontín.... Voy á comprarte unos merengues.

Se apearon á la puerta de la pastelería española, muy en boga por entonces.

Había muchísima gente.

Las telas, las pieles, se frotaban unas con otras; se daban prisa, como si sus dueños tuviesen apetito; y las caras de mujer, con el velo levantado hasta la altura de los ojos, se reflejaban en los espejos de la tienda, rodeados de dorados y de molduras color de crema, en-

tre toda clase de alegres reflejos, el blanco lechoso de los platillos, el cristal de las copas, la variedad de las confituras.

A la señora de Barancy y á su hijo los miraron mucho. Esto le agradó. Aquel pequeño triunfo, unido á la crisis de un momento antes, le hizo devorar una porción de merengues y pasteles rociados con un dedo de vino de España. Jack la imitaba, pero con más moderación, porque su gran pesar de poco antes había llenado su corazoncito de suspiros contenidos y de lágrimas no derramadas.

Cuando salieron de allí, el tiempo era delicioso, aunque frío; el mercado de la Magdalena llenaba el aire de un tan dulce olor á violeta, que Ida quiso seguir á pie hasta su casa, y despidió el coche. Con presteza, pero con ese paso un poco lento de las mujeres acostumbres á dejarse admirar, se puso en camino, llevando á Jack de la mano. El paseo al aire libre y la vista de las tiendas que empezaban á encender sus luces, acabaron de devolverle su buen humor.

Luego, de repente, delante de un escaparate más brillante que los demás, la idea de un baile de máscaras, al cual debía ir aquella noche, precedido de una comida, se le vino á las mientes.

—¡Misericordia! . . . ¡Y yo que ya no me acordaba! . . . Mira, pobre Jack mío, qué aturdida estoy . . . ¡Pronto, pronto!

Necesitaba flores, un ramo; algunas menudencias olvidadas. Y el niño, para quien esas trivialidades habían sido siempre la vida, el cual experimentaba, casi tanto como ella, el sutil encanto de esas elegancias, la se-

guía dando saltos, animado por la idea de aquella fiesta que él no había de ver.

Una de sus alegrías era, siempre, el traje de su madre, la belleza de su madre, aquella atención admirativa que despertaba por dondequiera que pasase.

—¡Magnífico! . . . ¡Magnífico! Enviemelo usted á casa: boulevard Haussmann.

La señora de Barancy entregaba su tarjeta, salía, hablaba á Jack con exuberancia de todas aquellas compras suyas. Luego le decía con gravedad:

—Sobre todo, acuérdate de lo que te tengo recomendado. Es menester que no digas al "Buen Amigo" que he ido á ese baile . . . Es un secreto . . . ¡Caramba! Las cinco ya . . . ¡Cómo va á regañarme Constanacia! . . .

Y no se equivocaba.

Su doncella-factótum, una mujer alta y fornida de cuarenta años de edad, hombruna y fea, se precipitó á su encuentro en cuanto la oyó llegar.

Ya estaba allí el traje . . . No tenía sentido común en volver tan tarde á casa. La señora no estaría arreglada á tiempo . . . No era posible vestirla tan pronto.

—No me riñas, Constanacia . . . ¡Si supieras lo que sucede! . . . ¡Mira, mira!

Y la señaló el niño. La factótum pareció indignada.

—¡Cómo, señorito Jack! . . . ¿Ha vuelto usted? Eso está muy mal hecho, después de lo que había usted prometido. ¿Habrá que llevarlo á usted á esa escuela con una pareja de gendarmes? . . . ¡Y es que su mamá de usted es demasiado buena!

—¡Pero si no tiene él la culpa! Son aquellos curas quienes no han querido . . . ¿Comprendes tú eso? ¡Que se me haga á mí semejante afrenta! . . . ¡A mí, á mí!

Y al recordarlo, se echó á llorar otra vez y empezó de nuevo á preguntar á Dios lo que había hecho para ser tan desgraciada. Unió á esto los merengues, el vino de España, el calor de la habitación. Se sintió mala.

Fué menester llevarla á la cama y destapar frascos de sales de éter para reanimarla.

La señorita Constanca se cuidó de todo eso, como mujer conocedora de esa clase de crisis; iba y venía por la habitación; abría y cerraba los armarios con esa sangre fría que presta la experiencia, y parecía decir: "Esto pasará pronto"

Y al mismo tiempo que funcionaba, hablaba sola:

— ¡Vaya una idea la de llevar á aquel niño á un colegio de Jesuitas!... ¡Como si en su posición pudiera hacerse eso!... No habría pasado lo ocurrido si hubieran consultado antes... ¡Vaya un trabajo que me costaría á mí encontrarle un colegio, y bueno!

Jack, muy asustado al ver á su madre en aquella situación, se había acercado á la cama y la miraba con ansiedad, pidiéndole perdón desde el fondo de su alma por el pesar que le producía.

— ¡Vamos, quitese usted de allí, señorito Jack!... Mamá ya está buena... Voy á vestirla.

— ¡Cómo, Constanca! ¿Quieres que vaya á ese baile?... ¡Tengo tan pocas ganas de diversiones!...

— ¡Bah! Deje usted, que yo la conozco... Dentro de cinco minutos ya no se acuerda de nada... Mire usted este bonito traje de "Locura," y estas medias de seda color de rosa, y el birrete con cascabeles...

Había cogido el traje, lo extendía, hacía sonar y re-lucir todos aquellos cascabeles, á los cuales no pudo resistir Ida.

Mientras vestían á su madre, Jack entró en el tocador, solo y á obscuras.

Las sombras llenaban aquella habitación coquetona capitonada, llena de objetos, sobre los cuales un farol del boulevard lanzaba su pálido resplandor. Tristemente, con la cabeza apoyada en los cristales, se puso á pensar en aquel día de emociones; y poco á poco, sin que pudiera explicarse por qué, sintió que se convertía en "el pobre niño" de que hablaba aquel cura con tanta conmiseración.

¡Es tan singular verse compadecido cuando uno se cree feliz! ¡Luego hay desdichas tan bien disimuladas, que aquellos que son causa ó víctima de ellas, no las adivinan siquiera!

La puerta se abrió. Su madre estaba dispuesta.

— Entre usted, señorito Jack... y venga á ver qué hermosa está.

¡Oh! ¡Qué "Locura" más encantadora, color de rosa y plateada, toda de raso! ¡Qué bonito ruido de cascabeles producía el menor movimiento!

El niño miraba, admiraba; y la madre, empolvada, ligera, vaporosa, miraba á Jack y le sonreía, sin preocuparse en lo más mínimo de lo que le había hecho á Dios para ser tan desgraciada. Luego Constanca le echó sobre los hombros una confortable salida de teatro, y la acompañó hasta el carruaje, mientras Jack, apoyado en la barandilla, veía bajar la alfombrada escalera, vivos y saltadores como si ya los agitara el baile, aquellos dos zapatitos de color de rosa, bordados con plata, que se llevaban á su madre lejos, muy lejos de él, á bailes á los cuales no pueden ir los niños. Cuando oyó el último eco de los cascabeles, entró en la

habitación sin saber qué hacerse; y por primera vez en su vida le puso en cuidado aquel abandono en que le dejaba casi todas las noches.

Cuando la señora de Barancy comía fuera de casa, Jack quedaba confiado á la señorita Constanca.

—Comeré contigo, le decía la madre.

Ponían dos cubiertos en el comedor, el cual le parecía aquellos días muy grande al niño; pero generalmente, Constanca, á quien divertía muy poco estar á solas con el chiquillo, llevaba los dos cubiertos á la cocina, y allí comían en compañía de los demás criados. Era una verdadera francachela.

El lodazal aparecía allí en toda su abundancia sobre la mesa manchada de grasa y en la desordenada alegría de los comensales. Naturalmente, la factótum presidía, y no dejaba de contar, para regocijo de todos, las aventuras de su ama, si bien con palabras encubiertas y de cierto modo, con objeto de no asustar al muchacho.

Aquella noche hubo gran discusión en la cocina sobre la negativa rotunda de los jesuitas de Vaugiraud. Agustín, el cochero, declaró que mejor era que hubiese sucedido aquello, porque si no, los curas hubieran hecho del niño "un jesuita, un hipócrita."

La señorita Constanca protestó contra esas frases. No practicaba la religión, es verdad, pero no quería tampoco que se hablase mal de los curas. Entonces la discusión cambió de asunto, con gran disgusto de Jack, que todo era oídos, esperando saber por qué aquel cura, que parecía tan bueno, no había querido admitirlo en el colegio.

Ahora ya no se trataba de Jack, ni de su madre, sino de las convicciones religiosas de cada cual.

El cochero Agustín, cuando había bebido, tenía algunas verdaderamente singulares. . . . Su Dios era el sol. . . . No reconocía otro. . . .

—¡Soy como los elefantes, adoro al sol!... repetía sin cesar, con obstinación de borracho.

Al fin, le preguntaron dónde había visto eso de que los elefantes adorasen al sol.

—¡Lo he visto una vez en una fotografía! dijo, con aire majestuosamente embrutecido.

Al oír lo cual la señorita Constanca lo trató de impío y de ateo, mientras la cocinera, una robusta moza de Picardía, llena de astucia rural, les decía á los dos:

—Ninguno de los dos tenéis razón. . . . Oídme á mí. . . . No se deben discutir las creencias de nadie.

¿Y Jack? . . . ¿Qué hacía entretanto?

Allá, en un pico de la mesa, pesada la cabeza á causa del calor de las hornillas y de la interminable discusión de aquellos brutos, se dormía, con la cara apoyada sobre la manga de terciopelo de su traje. En medio de esa turbación que precede al sueño cuando se está sentado cansado y desagradablemente, oía las tres voces de los criados. . . . Ahora le parecía hablaban de él; pero era allá lejos, muy lejos, entre la bruma.

—¿De quién es este angelito? preguntó la voz de la cocinera.

—No lo sé, contestaba Constanca; pero lo que sí sé es que no puede permanecer aquí, y que su madre me ha dado el encargo de buscarle un colegio.

Entre dos eructos, el cochero refunfuñó:

—Espera, espera, que yo conozco un famoso colegio,

y que de seguro es lo que bus... lo que buscas. Se llama la escuela... no, no la escuela... el gimnasio... el colegio Moronval. Un colegio. Cuando estaba yo en casa de los Said, en casa de mis egipcios, allí llevaba al chico; por cierto que el encargado de las comidas, un tío muy sucio, me daba siempre algún prospecto. Creo que todavía debo de tener alguno...

Buscó en su cartera, y de entre los papelotes arrugados que puso encima de la mesa, sacó uno, más grasiento todavía que los demás.

—¡Aquí está! dijo con aire de triunfo.

Desdobló el prospecto y comenzó a leer, ó más bien á deletrear trabajosamente:

“Co... Colegio Moronval... en el... en el...”

—Dame eso, dijo la señorita Constanca; y quitándole el papel de las manos, leyó en un tirón:

“Colegio Moronval, 25, avenida de Montaigne. En el barrio más hermoso de París.—Institución de familia.—Gran jardín.—Número de alumnos limitado.—Curso de pronunciación francesa por el método Moronval-Decostere.—Corrección del acento extranjero ó provinciano.—Corrección de todo género de vicios de pronunciación por la posición de los órganos fonéticos”...

La señorita Constanca se interrumpió para respirar, y dijo:

—Esto me parece muy conveniente.

—¡Ya lo creo! contestó la cocinera, abriendo mucho los ojos.

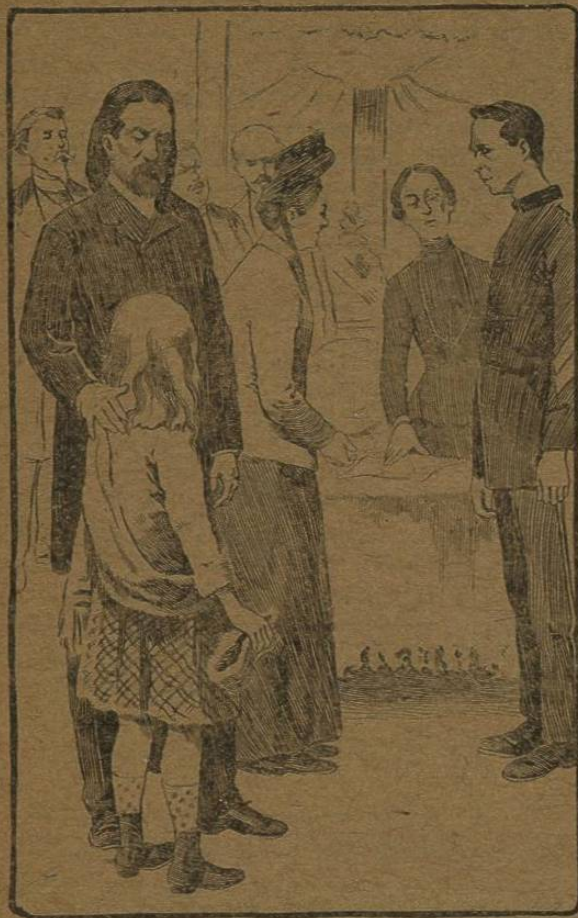
—... “De los órganos fonéticos... Lectura expresiva en alta voz. Principios de articulación y de respiración.”

Continuó la lectura del prospecto, pero Jack se había dormido por completo y no oía nada.

Sonaba.

Si: mientras se trataba de su porvenir, en torno de aquella inmunda mesa de cocina; mientras su madre, disfrazada de “Locura,” se divertía como una loca, sabe Dios dónde, él soñaba con aquel cura de voz dulce y penetrante, que había dicho:

—“¡Pobre niño!”



Vieron entrar un colegial alto y estirado.



II

EL COLEGIO MORONVAL

Avenida de Montaigne
 "25, en el barrio más
 hermoso de París," de-
 cía el prospecto Moron-
 val.

En efecto; no se pue-
 de negar que la Avenida
 de Montaigne está situa-
 da en uno de los barrios
 más bonitos de París, en
 el centro de los Campos Elíseos, y que es muy agra-
 dable par vivir en ella, limitada por un lado por los
 muelles del Sena, y por el otro, por fuentes bordeadas
 de flores. Pero tiene el aspecto disparatado, descom-
 puesto de una vía trazada de prisa y corriendo y toda-
 vía no concluída.